

LUIS VICUÑA SUAREZ Y EL PENSAMIENTO UNIVERSITARIO

por *Waldo Vila*

Director y Prof. de la Escuela Dental.

LA captación de la personalidad de algunos seres excepcionales, una vez que abandonan su existencia física, no es del todo imposible; cuando dejan algo como una estela imponderable, mas no por eso menos existente, en cuanto a realidad de pensamientos en potencia, y materialidad de acciones, que se continúan, como originadas en ellos mismos.

Si alguien movido por el amor o el recuerdo persistente, de la admiración duradera, desea establecer nuevamente el contacto con ellos, o vislumbrar por lo menos su trayectoria; no la encontrarán, de seguro, en el mundo de los seres superficiales, de tipo vulgar, cuyas reacciones mentales son de una categoría, que no corresponden en absoluto, a la onda de pensamiento de los hombres del tipo filosófico, como aquellos que nos interesan. Esta manera, o modo de razonar, nos podría llevar a reencontrar la intensa personalidad emocional de los grandes pintores, pero únicamente si nuestra búsqueda se orienta, en el mundo plástico de las formas y de los colores organizados de sus telas. Allí existen en plenitud, en el clima mental que les es propio, por cuanto la pintura, como bien la definió Paul Cezáne: «Es pensar en colores.» En otras palabras, crear una atmósfera mental, con diferentes formas de expresión.

Si continuamos dentro del mismo razonamiento, y enfocamos la constante psicológica del genial investigador, que ha pasado por lo mismo, a ser casi un símbolo científico y que sólo puede ser redescubierto en la metódica, y en la disciplina de la investigación que sus obras pueden ofrecernos.

Por último la inquietud magnífica de un poeta, será revelada únicamente en su poética misma, y no para todos, sino para aquellos bien dotados, capaces por lo tanto de percibir las vibraciones afinadas a la misma tónica del poeta, liberando por medio de esta clave, las imágenes vivientes, que yacen en la inmovilidad de la palabra escrita, aprisionadas en el convencionalismo de las formas gramaticales.

Todo lo expuesto es ya moverse un poco, en el plano de los pensamientos, que nos penetran, nos envuelven y nos animan con su onda misteriosa, como si en realidad no fuésemos más que aparatos de radios suprasensibles, en medio del cosmos multiforme y vibratorio que podría muy bien ser el pensamiento universal que nos rodea como una invisible atmósfera y estratófera. Así nuestras existencias, que por tan reales tenemos, serían sólo apariencias transitorias. Como dice bien Quedo: «No estamos viviendo, estamos pasando.»

En este ambiente irreal que hemos creado a voluntad, y que a lo mejor no lo es tanto como creemos, podremos de nuevo apreciar, sentir, y casi ver la presencia entre nosotros de Luis Vicuña Suárez.

Consecuentes con nuestro planteamiento, debemos buscarlo como su realidad pensante, en lo que fueron sus propios laboratorios de experiencia humana. El Juzgado de Menores, donde más que el Juez, pudo su espíritu de samaritano, levantando al caído, y consolando al afligido. Luis Vicuña sabía, Luis Vicuña veía, constataba como un ojo sin párpado, permanentemente abierto, la trayectoria horrenda del niño desamparado, que no es otra cosa el pequeño delincuente. Lo sentía como el futuro misterioso del hombre, y de la raza. Se lanzó al problema del niño, o de este niño en particular, con los dientes apretados de ira, contra la indiferencia de algodón del medio ambiente, donde todo rebota sin estallar; tanto lo más bello, como lo más justo, o como lo más horrible. Su exclamación favorita ante esta indiferencia colectiva era: «Hay que hacer algo», mezcla de impotencia, y de voluntad furiosa.

Su empeño ante tamaño problema, le hizo robarle horas al sueño. Quería trabajar, trabajar hasta romperse los nervios. Muchas de las cartas de aquel tiempo a su madre comienzan a sí: «En esta noche sin sueño, me asalta irreprimible deseo de escribirle.» Hizo mucho por ellos. Hogares mode-

los, junto a escuelas de reforma, y una mano siempre abierta para dar, y acariciar. Hace muy pocos días fuimos a inaugurar el último de estos hogares modelos, que lleva su nombre. Su obra es continuada por las manos de su madre. Perdió un hijo, es verdad, pero Luis Vicuña le dejó una herencia maravillosa. Todos los niños desvalidos de su jurisdicción; así para ella, Luis Vicuña será siempre niño, y siempre necesitará de sus cuidados maternales.

En su ministerio de Juez de Menores la vida torpe, y ciega distribuidora, según su propia expresión, lo hería a menudo con sus brutales contrastes; obligándole a constatar, todas aquellas cosas llenas de horror, que nos encogen el alma. Su mano de Juez, no tenía ademanes airados; perdonadora, y bondadosa, acariciaba las pequeñas cabezas humilladas, esforzándose por darles las indispensables satisfacciones, que el medio social les había negado. Para corroborar mis afirmaciones, están los hechos, que se repiten, como yo lo hago con mis palabras ahora, Hogares modelos, frente a escuelas reformativas, limpias, claras, con muchas ventanas por donde entre la luz, el aire, y el paisaje, donde una vaca negra, y blanca, brama llamando a su ternero. Allí tienen juegos y deportes, propios de la edad de estos huéspedes, y al frente de los establecimientos, tienen un Director que es médico, y que es poeta. Hugo Lea Plaza sabe escuchar a esos niños con la cabeza inclinada, y sabe dirigir con bondad, a sus pequeños pacientes.

Pero había alguien más que animaba aquellos centros. Era la figura alta y delgada de Luis Vicuña, vertiendo silenciosamente el afecto sincero de su corazón doliente. Infatigable, concurría diariamente, conversaba con los niños, se interesaba por sus complejos problemas, y daba a manos llenas la única dádiva que el ser desvalido, y subestimado, recibe sin odio. Amor, esa tonalidad radiosa de la fraternidad humana.

Recojo al azar como quien sumerge la mano en un montón de pedrerías, una anécdota de los pequeños amigos de Luis Vicuña; que ahora ofrezco a Uds. para perfumarles el alma. Al ser preguntado uno de ellos qué deseaba como regalo, contestó con una seriedad impresionante, «una pelota, pero que no haya sido de nadie.» Se le buscó la más hermosa pelota, la de colores más vivos y frescos, colores que evocaban arco iris imposibles y carruseles resonantes. El niño la miró con

los ojos brillantes, mas refrenando la codicia, la pregunta llena de ansiedad le subió a los labios temblorosa. ¿Nadie ha jugado con ella? Hay temblor de lágrimas en la voz que responde: nadie, hijo mío, viene de la tienda de juguetes a tus manos. Entra gritando el niño a la casa: ¡mamita, nadie ha jugado con esta pelota, mírala! Nos hemos quedado silenciosos.

La voz de ese niño nos aprieta la garganta, y la mirada lejana de Luis Vicuña nos interroga desde el misterio.

Su acervo intelectual vive, y aun alienta en sus lecciones como profesor universitario, y como Director destacado de la Escuela de Leyes de Valparaíso. Sus expresiones, de entonces, nos servirán de texto para constatar y calibrar su auténtica talla de maestro, forjador de mentes juveniles. Personalidad la suya la más pura, la más recta y extraordinaria, como para servir de ejemplo desde su alto cargo de Director. Luis Vicuña era un orgullo universitario que partió demasiado pronto, dejándonos la añoranza de su palabra hermosa, de su claro talento, y de su dura moralidad, a la cual talvez sacrificó su vida. Sus propias palabras «ideales y deberes universitarios», leída en la recepción a los alumnos del primer año de la Escuela de Leyes de Valparaíso, me parecen dignas de ser recordadas:

*

«Sentiréis el deseo de las lecturas generales, de esas que multiplican vuestro valor humano; y, por otra parte, os van a solicitar las lecturas profesionales, las que completan vuestra especialidad.

»Estas dos fuerzas, centrípeta la una y centrífuga la otra, son las que se disputan hoy día el tiempo y la devoción del hombre culto; del equilibrio entre ellas depende la armonía de nuestra vida intelectual.

»Y en punto a lecturas, quisiera poder discurrir largamente sobre algo que me parece de tan primordial interés, que se hace duro esparcirlo en cuatro frases mal cortadas.

»Me refiero a la formación de nuestro sentido filosófico, y especialmente, de una moral filosófica, de una moral hecha de doctrinas y principios.

»La profesión de abogado exige más que honradez; hay que conducirse en ella con ese grado de probidad que se llama deli-

cadeza, hay que sentir la pasión inmoderada de lo justo y vivir conforme a esa norma (*Honeste vivere, nemine laedere suum cuique tribuere*). Y, de otro lado, en ella se cumple muy a menudo lo que dice Kant: «más difícil es conocer el deber que cumplirlo.»

»Más corto, la ética del abogado es difícil, y la más triste y penosa de las declaraciones que pudiera yo hacerlos, es la de que una crisis moral profunda aflige y relaja estos días a nuestra noble profesión.

»Y si se suma a todo la intensidad y dureza con que se presenta la lucha por la existencia, es fácil darse cuenta de que no es suficiente ya para controlar nuestro mundo interior, contar con la moral natural, la moral del caballero, la moral de la mujer honrada, esos tipos creados y exaltados en el alma española y que bastaron para ser buenos a muchos hombres y mujeres excelentes, de las generaciones pasadas.

»Al decir «moral natural», hablo de esa moral instintiva y subconsciente, la moral del que no asesina, ni traiciona al amigo, ni roba, porque esos actos le repugnan. Es la moral que me atrevería a llamar de los «ascos irrazonados», verdaderas reacciones biológicas, anafilaxias, de que dispone un alma sana para rechazar las sollicitaciones del crimen.

»Es inestimable y precioso sentir esas resistencias al mal y hallarlas ancladas en lo más profundo de nuestra entraña; pero es indispensable que se completen de un sistema de moral, basado en ideales que uno abraza y por los que se hallaría dispuesto a morir. De otro modo, estamos expuestos a que nuestra honradez caiga barrida como brizna de papel por los huracanes de la vida.

»Tener una filosofía es algo muy diverso de saber álgebra o química; no consiste en ser dueño y manejar con cierta soltura una serie ordenada de conocimientos; no es precisamente ciencia. Es sencillamente saber vivir como corresponde a la noble naturaleza del hombre; tener el control de nuestra barca en las manos; es contar con las coordenadas indispensables para orientarnos en las noches oscuras que nos aguardan.»

*

Así era el Juez de Menores, y el Profesor Universitario, ambos se daban la mano en el amigo incomparable, y en el

hijo ejemplar. Era este último, como la línea vertical que soportaba a los otros dos. Había también una madre inspiradora y valerosa, siempre colocada voluntariamente en segundo término, sonriendo a través de muchas lágrimas, y sosteniendo con ensangrentadas manos doloridas, el cuerpo de ese hijo, amador de la muerte, con la clara frente del predestinado, para quien los halagos de la fortuna, y del nombre, nunca significaron nada.

Era su espíritu atormentado, trabajado hondamente por la idea liberadora de sí mismo. Partió un día en busca del mundo abstracto, de las ideas supremas, sin prejuicios, y lleno de valor.

Su labor periodística abarca un gran número de artículos publicados en diarios de Valparaíso y Santiago, y orientados hacia la represión de la vagancia infantil, del abandono, y de la explotación de los menores. Fuera del Juzgado, visitaba como un Harun - Ar - Raschid de las leyes, los sitios siniestros, y las casas dudosas de los cerros de Valparaíso, donde fulgura como una víbora roja, el cuchillo del crimen. En esas callejuelas que se cuelgan a los cerros, trepando por laderas con veredas, y escaleras inverosímiles; hasta alcanzar pequeñas casas torcidas, rojas, verdes y amarillas, durante el día. Cuando la noche llega, son tenebrosas, extrañas y el vicio bosteza por sus puertas entre abiertas. Por entre vericuetos, por entre mujerzuelas y matones, y truhanes, Luis Vicuña paseaba sin temor, su figura austera y apostólica, y su mano se apoyaba sobre las juveniles cabezas morenas, para rescatarlas de la explotación espantosa. Aun lo veo así, triste Quijote sin su Clavileño, enfrentándose solo, amparando y defendiendo, la obscura piel de nuestras muchachas del pueblo, contra los mercederes del diablo.

Así veo a Luis Vicuña, y así me place verlo, porque es como su propio símbolo, de lo que después fué, su actitud social, ya para siempre. Al frente Valparaíso y sus luces, donde corre el dinero que paga generosamente ostentaciones y vanos placeres. Detrás, negros, los cerros, pudridero humano, roído por la tuberculosis, el alcoholismo y la miseria fisiológica, donde viven los obreros y sus familias, que le han dado con el duro trabajo, la riqueza al puertó. ¡Luis Vicuña no dudó un momento, no podía dudar! Su puesto estaba al lado de los de-

rrotados, de los pobres. A ellos se entregó, en cuerpo y alma, con toda la potencia de su cerebro magnífico, y con todo el fuego de su espíritu, consumido por las ansias de un mundo mejor y más justo.

Hemos visto desfilar en esta hora de recuerdos y de afectos ennoblecidos por la muerte, al Profesor Universitario indiscutible, y al Juez de Menores, de cálida humanidad para sus pequeños delincuentes. Voluntariamente he dejado para el último, a Luis Vicuña íntimo, solitario, nervioso, atormentado, exigente, y cruel talvez en exceso consigo mismo. Impregnado hasta los huesos, de esa pasión dominadora, y tremenda, que sólo asalta a los puros y a los escogidos; el afinamiento hasta el dolor, en la nobleza del pensar alto, y del calar hondo, en los inescrutables destinos del hombre pensante, que nos es espíritu puro, ni tampoco es un animal deleznable. Cuando la desproporción entre uno y otro, es demasiado grande, como en el caso de nuestro inolvidable amigo, produce el divorcio violento entre ambas partes. El cuerpo claudicante, no puede seguir a su poderoso señor, en sus ansias inconmensurables de un orden de ideas que se reflejan en el cosmos como el pensamiento universal. Siguiendo los pasos invisibles a Luis Vicuña, me adentré en el recinto secreto de sus papeles y de sus escritos inéditos, que guardan aun la radiación de su ser excepcional. Su mano pareció guiar a la mía, hacia el epitafio a Alejandro Sawa por M. Machado, que recitaba a menudo y que ahora es en realidad su propio epitafio, por extraño designio:

ALEJANDRO SAWA (*Epitafio*).

*Jamás hombre más nacido
para el placer, fué al dolor
más derecho.*

*Jamás ninguno ha caído
con facha de vencedor
tan deshecho.*

*Y es que él se daba a perder
como muchos a ganar.*